

ERWIN NIEVERGELT:

**ENTRE LA EMOCIÓN
Y EL TALENTO**

ANTONIO IGLESIAS MARTÍN

Presentado por Anatoly Karpov

Título: Erwin Nievergelt: Entre la emoción y el talento

Autor: © Antonio Iglesias Martín

I.S.B.N.: 84-8454-420-6

Depósito legal: A-

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

A David y a Antonio.

“La vida no es la que uno vivió, sino la que
uno recuerda y como la recuerda para contarla”

(Gabriel García Márquez,
en *Vivir para contarla*)

ÍNDICE

Nota preliminar.	9
Prólogo.....	13
PRIMERA PARTE	21
Introducción: A propósito de Erwin.	23
I. Su infancia y su juventud (1929-1952).	25
1º. - El niño promesa (1929-1942).	25
2º. - La sombra de Max Euwe es alargada.	35
3º. - Nievergelt el temerario.	43
4º. - Las celadas del amor.....	49
II. Entre la realidad y el deseo (1952-1970).	53
1º. - “Nunca es tarde si la dicha es buena”.	53
2º.- ¿Pero qué fue del ajedrez?	59
3º. - El periodo de madurez: la actividad profesional de Erwin Nievergelt.	83
III. Un tiempo de plenitud (1971-1996).	105
1º. - 1971: la llamada de la universidad.	105
2º. - El Nievergelt más polifacético (1983-1996).	113
3º. - “La música es el verdadero lenguaje universal”	120
IV. La persona: la lucha por la vida.	127
1º. - La vida no es sueño.	128
2º. - 1996: ¿y ahora qué?	132
A modo de conclusión: el arte de vivir.	143

SEGUNDA PARTE	153
Epílogo para humanistas.....	155
1º. - Ciencia y Filosofía: encuentros y desencuentros.	155
2º. - La poesía como manifestación del humanismo.	162
3º. - La Teología: amores y desamores de un eterno debate.	167
4º. - El principio de simplicidad.....	170
Epílogo para ajedrecistas.	173
1º. - El ajedrez: entre el mito y la realidad.	173
2º. - ¿Juego, deporte, ciencia o pasión?	178
Epílogo para deportistas.	187
Epílogo para músicos.	191
Epílogo para académicos.....	193
Epílogo para internacionalistas y europeístas.	203
Bibliografía.	211

Nota preliminar.

Insistía Unamuno en la importancia de conocer la etimología de las palabras que utilizaba para aprender su verdadero significado y entender mejor la realidad.

Pues bien, haciéndonos eco de esa reflexión con la que hemos arrancado, esta obra quiere justamente rescatar el origen mismo de un término –el de persona–, cuya acepción se evocaba en la antigüedad griega como sinónimo de “máscara”, que era la que determinaba el papel que representaba el actor en la tragedia.⁽¹⁾ Así, la idea de persona exige una posición activa ante la vida, estar vivo, ser alguien y no algo.

Dicho lo anterior y siendo algo pretencioso, podría pensarse que este trabajo puede tratarse de un libro de Filosofía en el que se trata de oponer la cálida y más humana acepción de persona a la agresiva y beligerante idea nietzscheana del “superhombre”, pero –como sostuviera Bertrand Russel– “Filosofía es lo que hacen los filósofos” y este narrador no es tan ambicioso ni tan cualificado como para abordar semejante empresa.

Este libro tampoco es una novela, aunque todo cuanto se cuenta en la persona del protagonista bien lo merecería (quien me conozca podría pensar incluso que esta historia es fruto de mi imaginación). Podría ser simplemente un humilde libro sobre algunos aspectos del ajedrez, dado que el nivel del extraordinario jugador sobre el que se escribe igualmente lo merece, pero no es solamente eso. Podría decirse sencillamente que esta obra es la trayectoria personal y profesional de un extraordinario hombre en sentido amplio, pero tiene vocación de ser algo más. Quizá en la crítica que haremos a la endogamia universitaria y en el intento de aproximarnos a ámbitos propios

⁽¹⁾ López Calera, N. M., *Introducción al estudio del Derecho*, Gráficas del Sur, S.A., Granada, 1981, p. 177.

de la sociología o de otras ramas del conocimiento, pueda verse un claro acercamiento al ensayo. Porque además de un recorrido biográfico, de una inmersión en las profundidades de un ser humano, *Erwin Nievergelt: Entre la emoción y el talento* pretende ser un homenaje al conocimiento y a los hombres que dedican su vida a construir un mundo mejor.

Por eso creo que, allí donde florece la indulgencia de la razón, orillamos el espacio vital de la condición humana y encontramos ambigüedad; pero también entiendo que sin cultura, sin libertad y sin amor, estamos abocados a la decadencia, al totalitarismo y a la deshumanización.

Particularmente, la curiosidad por conocer el origen de las cosas me ha perseguido desde niño, a pesar de aquella escuela del nacional catolicismo de los años 70 que todavía torpedeaba nuestros sueños, encumbrando vulgares historias y gestas de conquistadores de la madre patria.

Tal vez por ese espíritu explorador e indagador, he tenido una verdadera obsesión por lo diferente, por lo nuevo, por tratar de cambiar las cosas para mejorarlas o, si se me permite, por buscar lo auténtico.

Por ello, desde entonces, siempre me han seducido los grandes principios, los grandes interrogantes o la causalidad de los acontecimientos (sin que por ello despreciemos la casualidad, el azar o la suerte como conformadores importantes de la propia vida, como luego advertiremos). Aunque lo que verdaderamente me ha atraído siempre, más allá de una banal mitomanía, ha sido descubrir que tras esos horizontes, tras esas fronteras y tras esos retos, estaba el esfuerzo inagotable e incansable de filósofos, científicos y pensadores. Porque, en definitiva, detrás de cada conquista de la ciencia, del arte o del pensamiento, siempre ha estado el hombre, aunque también haya sido ejecutor implacable y víctima de aquella dieciochesca condena *hobbessiana* que sentenciara que “el hombre es un lobo para el hombre” (“*homo lupus homine est*”).

Pero este trabajo no es una tragedia ni un planteamiento pesimista de la vida, sino un reconocimiento a una labor y a un talento que creo identificar en algunas de sus manifestaciones. Por esa devoción y admiración (que no mitificación ni idolatría) que siento por el esfuerzo de superación de esas personas, por su disciplina, por su rigor y por su permanente intento de hacer un mundo más humano, hace muchos años que dejé de creer en Dios y que

aposté por el Hombre, aunque si uno repasa el camino de imperfección que escenifica la Historia de la Humanidad y lo que acontece diariamente en el mundo, los motivos para darle ese crédito al ser humano no son demasiado sólidos.

En cualquier caso, al amparo de esa apuesta que mantengo vigente, aunque sin adscripción alguna a grupo político, sindical o corporativo, siempre he procurado ser una persona con una buena capacidad para comunicarme con los demás, sobre todo –como es natural– con quien pueda tener afinidades, lo que me ha permitido encontrar gente interesante a lo largo de mi vida.

Así ha sucedido con Erwin Nievergelt.

No sé si gracias a esa intuición que tanto ensalzase Henry Bergson o a la simpatía y afabilidad de aquel hombre de pelo blanco y de mediana estatura, rápidamente vi en Erwin un potencial amigo y lo cierto es que no me equivoqué en lo más mínimo.

Durante estos últimos años he publicado algunos trabajos jurídicos y una tesis doctoral amplia e inmerecidamente laureada. Sin embargo, constatada la petrificada artificialidad y hasta el estúpido y soberbio paternalismo del mundo del Derecho al que Ortega y Gasset llegó a calificar de “camisa de fuerza” y de “reglamento para una realidad paralítica”⁽²⁾, que nada tiene que ver con el puro movimiento que representa la historicidad humana, puedo asegurar que con ninguno de ellos he disfrutado ni aprendido la mitad que con este “libro de conversaciones”.

No quisiera por ello terminar este apunte preliminar sin agradecer al profesor Nievergelt el haberme abierto sin reticencias las puertas y ventanas de su enriquecedora vida, rescatando recuerdos y añoranzas con su generosa memoria, para que entrara en ella con este bisturí inofensivo y tuviese la osadía de intentar destriparla y reflejar una aproximación de ella en estas páginas.

Y en este apartado de agradecimientos, quiero expresar mi gratitud por sus acertadas sugerencias a mis amigos José María Pérez Zúñiga, Daniel

⁽²⁾ Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, El País, Clásicos del siglo XX, Madrid, 2002., p. 255.

Morales Jiménez, Francisco González-López Barajas y sobre todo al club Rotary Calpe-Ifach, a la Fundació Jaume II el Just y a Javier Pérez Cabero, Director de Rural Caja en Calpe, por su incondicional apoyo a esta obra y por su labor de mecenazgo desde la fundación social de esa institución. Mi máximo agradecimiento también a la doctora Marta Fuentes Rodríguez por su inestimable aportación en la tarea de corrección de los primeros borradores, así como a la Editorial Club Universitario (ECU) por su confianza e inversión en este proyecto. Igualmente, deseo dar las gracias a Florentino Navarro Bracho por la foto de la contraportada de este humilde autor, y especialmente al maestro internacional de ajedrez, Antonio Granero Roca, por facilitarme las partidas de Erwin y por su amigable intermediación con Anatoly Karpov para que presente este libro. Es para mí un inmenso honor que un hombre como Anatoly Karpov, que siempre me inspiró respeto y admiración, presente este humilde trabajo. Mención especial deseo hacer por el apoyo que han mostrado a este trabajo y a cuantos proyectos inicio a Mercedes, a mis padres, a mis hermanas M^a Angustias y Ani, a sus respectivos maridos, Arsenio y Magín, y a José Manuel Pol Yanguas, una excepcional persona y el mejor amigo que uno pueda desear en esta vida. Mi mayor recuerdo por último para mis hijos, David y Antonio, a quienes dedico este libro con todo mi amor.

Pero no quisiera terminar esta nota preliminar sin hacer una reflexión sobre la estructura de este libro. Como el propio lector podrá comprobar, el libro está dividido en dos partes: en la primera afronto propiamente el aspecto puramente biográfico de la vida de Erwin Nievergelt. En la segunda, genérica o más bien teórica, a través de una serie de epílogos complementarios destinados a analizar algunas de las vocaciones del personaje biografiado, abordo mi particular visión sobre las disciplinas y aspectos referidos a propósito de la vida de Erwin Nievergelt. Ni que decir tiene que el lector puede prescindir de aquellas partes teóricas (epílogos los he llamado) con las que no tenga afinidad. Confío y espero que no suceda nada de eso, sobre todo con la primera parte de la obra.

Dúrcal, a 1 de enero de 2005.

“Las pasiones son virtudes o defectos exagerados.”

(Johann W. Goethe)

Prólogo.

Ortega y Gasset recordaba como Köhler y otros mostraban como el orangután o el chimpancé no se diferencian del hombre por lo que denominamos inteligencia, sino porque tienen mucha menos memoria que nosotros, porque cada mañana tienen que empezar de cero su existencia al haber olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior. El hombre, por el contrario, gracias a su poder de recordar, “acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre... El verdadero tesoro del hombre es el tesoro de sus errores, la larga experiencia vital decantada gota a gota en milenios. Por eso Nietzsche define al hombre superior como el ser de la más larga memoria” ⁽³⁾, aunque también es cierto que ésta no resulta del todo objetiva, ya que se adapta a nuestro interés en muchas ocasiones para interpretar la realidad y el pasado.

Quizá por esto último, la inmensa mayoría de los mortales nos creemos más guapos, más inteligentes y mejores de lo que realmente somos. Bien es cierto que, cuando uno se mira en la intimidad en su espejo más particular es capaz de identificar y de reconocer esas mezquindades que el ojo extraño, aun ayudado del telescopio más potente, no percibe. Pero no es menos cierto que la inmensa mayoría de las veces, ya sea por la propia fuerza de la naturaleza, a la que tanto cuesta encajar elementos correctores contrarios a su esencia, por nuestro ensimismamiento o por nuestra soberbia, tampoco cambiamos fácilmente nuestro *modus operandi* ni ese comportamiento más perverso. Cuántas veces nos hubiera gustado eliminar ese sentimiento de animadversión o de envidia

⁽³⁾ Ortega y Gasset, J., *La rebelión de las masas*, op. cit., pp. 41-42.

hacia un tercero por motivos profesionales, de rivalidad o de cualquier otra naturaleza y no hemos podido desterrarlo de nuestro interior; pero, también, cuántas veces no hemos realizado el ejercicio volitivo y positivo (en el sentido de acción) de luchar contra esas mezquindades y nos hemos atrincherado en nuestros más primitivos sentimientos. Enrocado en su fortaleza, silenciando sus fracasos y asentándose cómodamente en sus perentorios éxitos, el hombre contemporáneo se autoafirma sobre continuos ejercicios de exclusión.

Es una especie de patriotismo o fundamentalismo personal que nos hace perder toda objetividad, aunque bien es cierto que ello se da más en un tipo de individuos que en otros, actitud que, la verdad, puede llegar a hacer insoportables a estos últimos. En algunos casos, ese subjetivismo no se ciñe sólo a aspectos concretos (mi casa es más bonita, yo visto mejor, mis *hobbies* y mis amigos son más interesantes, y un largo etcétera) o potenciales (si hubiera tenido más suerte, si me hubiesen apoyado, si el otro no hubiese tenido tal enchufe, etc.), sino que, incluso, ese afán por ser o parecer más que el otro o que los demás dispara la fantasía de algunos a cuestiones de lo más ridículo, llegando a ignorar leyes físicas y objetivas de lo más elemental (no vale la pena poner ejemplos).

Por ello, recordando aquel anónimo que apuntaba que “las personas más insoportables son los hombres que se creen geniales y las mujeres que se creen irresistibles”, me pregunto ahora por esos “personajillos” vanidosos y engreídos que se jactan permanentemente de una brillantez desconocida y que proclaman no se sabe muy bien qué tipo de virtudes. Y me pregunto también por los iluminados, por los visionarios, por los que, a falta de cariño, se sienten incomprendidos y se creen diferentes y geniales por esa incompreensión, encontrando el refugio de su autoexclusión en mediocres y huidizos planteamientos que, en todo caso, no resisten el análisis más elemental. Y qué decir del servil, que fundamenta su éxito en su renuncia a la libertad, en su degradación personal y moral de someterse al decadente favoritismo del que considera poderoso, elevando a categoría jactanciosamente lo soez de su corrompida posición sin ser consciente de su mezquindad. De la peor estirpe moral e intelectual podría calificar también al intrigador, al conspirador, al presuntuoso, al que presume de información o de posición para ganar notoriedad, al que siembra la duda y la zozobra sin fundamento para arrogarse protagonismo.

Porque después de haber entendido la virtud del silencio, de la prudencia y de la omisión como espacios de la inteligencia, me atrevo a censurar como

cobarde y superficial esa actitud de “tirar la piedra y esconder la mano”, esa fanfarronería inconsistente que elude permanentemente el compromiso y que no es más que una muestra de miedo a poner de manifiesto una evidente mediocridad.

Por ello critico esa actitud hipócrita, pretenciosa y hasta presuntuosa de muchos pseudointelectuales de esconderse bajo el manto de la vaguedad, de la inconcreción, de lo difuso, de la falta de propuestas o, incluso, de lo aparentemente vanguardista, para no enfrentarse directa y denodadamente a lo decadente. Por el contrario, valoro el mucho amor y desinterés que puede haber en ese ejercicio de intimidad y entiendo legítima toda aspiración intelectual de la divagación (su mera práctica ya es de por sí algo positivo) siempre que se haga desde la humildad y sin pretensiones excesivamente categóricas. En todo caso, creo que no puede consagrarse cualquier reflexión de lo abstracto y hasta de lo obvio.

Porque como dijera Emerson, “el destino del genio es ser un incomprendido, pero no todo incomprendido es un genio”.

Por todo ello, me pregunto en última instancia por lo verdaderamente brillante y distinguido.

Es cierto que muy pocas personas son capaces de construir ese mundo de armonía, autárquico, que vive en sí y para sí, y que no necesita de nada ni de nadie para proyectarse, porque no tiene más objeto que proclamar todo aquello que tiene entidad y sustancia por sí mismo.

Es innegable, igualmente, que ese lugar se resigna a revelar al hombre su camino. Sin embargo, algunas personas son capaces de asomarse a ese horizonte, de descifrar el enigma que guarda el arte, de robarle a la vida sus verdaderos secretos, de quitarle la máscara a la utopía y de ver su inédito rostro. Me conmueve pensar que Copérnico fue capaz de concebir que la tierra no era plana y que era ésta quien daba vueltas alrededor del sol y no a la inversa (era la teoría heliocéntrica procedente del mundo helenístico que después Galileo demostrara). Me siento herido de pequeñez cuando pienso en Aristóteles, en Miguel Ángel, en Cervantes, en Newton, en Mozart o en el mismísimo Einstein, poetas, artistas y filósofos del Universo que, en muchos casos, además de afrontar con humildad el reto lúdico, cabalístico y cíclico de la matemática, rindieron culto a la infinitud de *Eidos*, a hacer de la “Idea” una

vocación por convertir la quimera en realidad. Es verdad que el progreso no siempre ha sido utilizado en sentido positivo por el ser humano y aquello de que “el sueño de la razón produce monstruos” se ha hecho realidad en muchas ocasiones, pero no es menos cierto que, en la mayoría de las ocasiones, ello no es imputable a los pensadores. En cualquier caso, saber que esa gente ha existido me produce simultáneamente admiración y tristeza, porque sé que muchos de ellos han sido verdaderos desgraciados, ya que no se puede ser feliz en este mundo plagado de miserias y mezquindades si se es capaz de verlo con la clarividencia con que ellos lo han hecho, desnudo y sin alma.

Cuando empezaba esta historia, a pesar de su enorme autoestima, Erwin Nievergelt me dijo con absoluto convencimiento que él no era ningún genio. Seguramente llevaba razón. Quizá la genialidad, la creación de algo nuevo con proyección de futuro, requiere no sólo de talento o de intuición para afrontarlo, sino también de toda una vida dedicada a ello pues, como sostuviera Beethoven, el músico alemán tan admirado por Erwin, “el genio se compone de dos por ciento de talento y noventa y ocho por ciento de perseverante aplicación”.

En todo caso, después de haber desnudado una vida tan extraordinaria como la que pretendo narrar, concluyo que la riqueza de espíritu es fruto de la predisposición y del trabajo tenaz, pero también de la humildad, de la absoluta concienciación de la pequeñez del ser humano y de sus limitaciones.

Por ello, sin pretender erigirme en portavoz de una verdad que no conozco, propongo superar aquella “vanidad de vanidades” que denunciara Machado y apostar por una comunicación con los demás sencilla y asentada en una relación *quid pro quo*, pero en ningún caso de jerarquía (ésta no es más que un instrumento que las sociedades utilizan como forma de organización y que, llevado al límite, puede ocasionar una importante parálisis social al reducir al individuo a simple automatismo). Creo que la arrogancia, la altivez, el endiosamiento o el pretender constituirse en una élite excluyente es un acto de soberbia imperdonable, además de un error de cálculo mayúsculo al no tener en consideración los infinitos imponderables que pueden reducir nuestras vidas a niveles verdaderamente ínfimos. Porque, como dijese el que creo uno de los mejores escritores de todos los tiempos - Gabriel García Márquez -, “la vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir”.

Por eso, también, me incomodó en cierto modo esa arrogancia y ese elitismo de Borges, aunque fuese de signo puramente intelectual.

Es posible, como señala Crozier, que toda sociedad necesite elites ⁽⁴⁾, pero, también, éstas pueden ser presas del conservadurismo de quien las dirige y ser incapaces de propulsar un cambio de modelo intelectual que se oponga a la petrificación del sistema.

Y por eso no comparto esa visión nietzscheana del “superhombre” ni esa crítica a la humildad como un valor característico del cristianismo, fruto del miedo a la finitud, pues entiendo que no se trata de algo exclusivamente intrínseco al hecho religioso. Y lo mismo cabe decir de la modestia, a la que Nietzsche consideraba la virtud burguesa por excelencia, cuando lo cierto es que en ambos valores puede existir también un alto grado de respeto al prójimo.

Me entusiasma y me seduce el estilo retador del pensador alemán, su crítica a la modernidad e, incluso, algunos apuntes de su audaz, original y aguda reflexión sobre el hombre de acción entregado al riesgo, ese hombre en estado puro sin mediación de reglas sociales, vitalista, guiado por la autodisciplina y creativo; me despierta simpatía su crítica a la moral del abandono, del desinterés, de la abnegación y de la resignación, pero no suscribo en modo alguno esa catalogación y jerarquización de los seres humanos en virtud de esas cualidades. Y ello porque, a pesar de haber coincidido en algún momento con muchos planteamientos de su aguerrido ateísmo, ese intento excesivamente ardoroso de atacar los valores de la moral cristiana creo que le hace perder perspectiva y le lleva a desmerecer virtudes ciertamente encomiables, independientemente de que se postulen desde la religiosidad. Pero, además, muchos de esos calificativos contradictorios conviven en todos y cada uno de nosotros, ya que el individuo está sujeto a permanentes contradicciones, a evoluciones y a limitaciones que no nos mantienen siempre en la misma actitud de optimismo, euforia, autoestima, tristeza, resignación, etc. Creo, sinceramente, algo infantil y hasta inmadura esa sublimación y veneración intelectual del noble frente al plebeyo, del fuerte frente al débil, del señor frente al esclavo.

⁽⁴⁾ Crozier, M. con Tilliette, B., *La crisis de la inteligencia. Ensayo sobre la incapacidad de las élites para reformarse* (traducción de Koldo Echebarría Ariznabarreta), INAP, BOE, Madrid, 1996, p. 31.

No comparto esa categorización de las relaciones interpersonales, que creo han de estar fundamentadas en otros valores.

Es por ello también que me produce muchísimo miedo todas esas tentaciones de la biotecnología (sin negar que pueda tener indudables ventajas) que aspiran a reorientar la evolución genética de la especie y que puedan hacer realidad el “mundo feliz” de Huxley en que los más poderosos económicamente tengan el privilegio de estar bien dotados. A este respecto Manuel Lloris ⁽⁵⁾, en un artículo publicado en *El País*, alerta de los peligros de la biotecnología. Comentando el libro de Fukuyama, *Nuestro futuro posthumano*, Lloris se hace eco de la siguiente afirmación de ese pensador:

“Advierte de un futuro en el que se podrán crear razas genéticamente escogidas o serviles, y pide una regulación con la prohibición de la clonación humana y la elección de sexo” (esta idea de cruzar a los más fuertes la sitúa Lloris en el pensamiento de Platón y más modernamente en Taylor).

Y esa necesidad de limitar legalmente esos usos científicos lo fundamenta el Fukuyama más liberal y brillante en los siguientes términos:

“La naturaleza humana es irrenunciable porque nos da un sentido moral, nos provee de las habilidades sociales para vivir en sociedad y sirve como marco para las discusiones más sofisticadas y filosóficas sobre los derechos, la justicia y la moralidad.”

Sin embargo, para Lloris esa guerra está perdida para los Fukuyama:

“... Por encima del instinto de supervivencia de la especie humana, está el deseo de conocer, de abrir la caja de Pandora. Es comprensible que los filósofos griegos sintieran más interés por el conocimiento teórico que por la ciencia aplicada, pues esta última no les resolvería su insaciable búsqueda del ser y su esencia. Pero en una civilización plenamente científica y tecnológica, como la nuestra, gana siempre, si se quiere, la curiosidad de la mujer de Loth. Es la ley de Neumann: lo que puede ser hecho, será hecho... El ser humano aspira a desentrañar a Dios, aunque para ello tenga que dejar de ser humano.”

⁽⁵⁾ Lloris, M., «Fukuyama y los genes», *El País*, 1 de noviembre de 2002, p. 2 de la Comunidad Valenciana.

Demoledor y brillante a mi juicio, pero la pregunta surge de inmediato: ¿qué ocurre entonces con las armas nucleares y bacteriológicas? ¿Se utilizarán para verificar empíricamente su alcance en adoración a esa curiosidad positivista erigida en religión última? Sin duda, entonces se haría verdad el auténtico “fin de la Historia” (aunque en un sentido mucho más catastrofista y autodestructivo que el que proclamara el propio Fukuyama), llegándose a un mundo sin hombre (¿será esa la era posthumana?). Aun reconociéndole su fundamento a esa idea, no puedo adherirme a la tesis catastrofista y un tanto determinista de Lloris; prefiero seguir apelando y creyendo en el sentido común, en la prudencia de una ciencia al servicio del hombre y no contra el hombre, en el sentido ético de las cosas y en la responsabilidad de los Estados para velar y salvaguardar lo que se ha dado en llamar la condición humana, con sus muchas mezquindades, pero también con sus mayores virtudes.

Aunque éste es un libro que se interesa por las grandezas de la curiosidad, por la capacidad indagadora del ser humano y por lo mucho que esas cualidades han hecho progresar al hombre y a su mundo, es innegable que ello tiene unos límites insoslayables y el primero de ellos es no ir contra la propia naturaleza humana. Creamos por el momento en ese principio, en esa regla que sugiere que nadie va contra sí mismo y confiemos en el sentido ético de los hombres más cualificados (en el ámbito científico) y en la responsabilidad de los que tienen mayor capacidad de decisión (en el plano político) para hacerla eternamente vigente. Entono así un “no” al “superhombre” y un “no” a una selección de la especie que conduzca a la deshumanización y doy vivas por el Hombre, por este Hombre que ha llegado al siglo XXI después de miles de años de evolución. Todo ello, sin dejar de considerar que al conocimiento no se le debe de poner más límite que el de la dignidad humana. Por ello, si la biotecnología (con todo ese complejo descubrimiento del genoma humano) contribuye a mejorar por igual la vida de los seres humanos y a mitigar el sufrimiento mejorando la salud, hay que considerarlo un hecho éticamente positivo.

Por ello, desde un humanismo laico, aunque respetuoso con cualquier visión trascendente de la vida, invoco así a la sencillez, a la probidad intelectual y a la humildad, a encontrar armonía en nuestra pequeñez, pero a ser dueños soberanos de nuestra ilusión y a escrutar sus rutas con absoluta libertad.

Y, desde ese humanismo inmanente, apelo también al amor como la única de las respuestas y la mayor de las justicias.

Y en ese inmenso sustantivo que encierra el término amor debe de tener un lugar especial la amistad. Creo que la amistad es uno de los sentimientos humanos más nobles que hay, en la medida que hace que nos unamos con otra persona en una relación que no está condicionada por el deseo sexual (con ello no quiero decir que no se pueda tener amistad con alguien con quien se mantenga relación sexual, pero sí creo que esa amistad es más dependiente de otro tipo de emociones) ni por el interés económico o profesional.

En compañía de un amigo de los de verdad uno encuentra una paz casi absoluta; su sola presencia, que muchas veces hace innecesario articular palabra, una conversación trivial o acalorada, un recuerdo común, una mesa compartida o cualquier minúsculo detalle, nos confieren un bienestar de lo más confortable; no hay alardes de méritos, ni escenificaciones o demostraciones de nada (que puedan interpretarse como arma arrojadiza de la que uno tenga que defenderse) más allá del ámbito de la broma. Supongo que ése es el valor de la amistad.

Por esa labor de generosidad hacia un tercero, por la renuncia a aislarnos y enclaustrarnos de forma exclusiva en nuestro propio universo, por la humildad que representa aceptar a otro con sus virtudes y sus defectos, por la lealtad que esa relación debe de implicar y por muchas otras razones, no podíamos despedir este comienzo sin hacer un pequeño homenaje a la amistad. Sobre todo porque, en cierto modo, éste es también un libro sobre la amistad.

Propugno por ello forjar relaciones interpersonales en virtud de lo que nos une y no hacer una separación o exclusión por aquello que nos diferencia o nos distingue.

PRIMERA PARTE

“Una vida sin propósitos es una muerte prematura.”

(Goethe)

“Siempre he sentido algo de lástima hacia aquellas personas que no han conocido el ajedrez. Justamente lo mismo que siente por quien no ha sido embriagado por el amor. El ajedrez, como el amor y la música, tiene la virtud de hacer feliz al hombre.”

(Siegbert Tarrasch).

Introducción: A propósito de Erwin.

De no ser porque no creo en ningún tipo de determinismo, podría llegar a pensar que esta historia se cruzó en mi destino para que la contara y pudiera reflexionar sobre cosas que tanto me han interesado a lo largo de mi vida.

Si alguien me sugiriese que definiese a Erwin Nievergelt en tres líneas, le respondería sencillamente con esa frase de Tarrasch ⁽⁶⁾ que encabeza este epígrafe, que, creo, resalta tres de las más importantes pasiones que justamente lo han hecho feliz. Sin embargo, aunque probablemente a lo largo de este libro no sea capaz de proyectar una idea que supere conceptualmente la tesis que esa cita conlleva, no me resisto a dejar de narrar en estas páginas algunas de las vivencias y experiencias de este hombre “embriagado” por la vida.

A Erwin Nievergelt lo conocí en la simultánea que dio el gran maestro cubano, Walter Arencibia, el día 7 de octubre de 2000 en la Casa de la Cultura de Calpe, *Jaume Pastor i Fluixá*, donde él fue a curiosear como espectador y a recordar con añoranza su brillante pasado ajedrecístico. Este evento fue el preámbulo del II Torneo Internacional de Ajedrez “Villa de Calpe” que se

⁽⁶⁾ Tarrasch nació en 1862 y fue uno de los mejores ajedrecistas de su época, aunque nunca se proclamó campeón del mundo; falleció en 1934.

celebró un día después, donde yo me las prometía felices para volver a repetir mi éxito de la edición anterior. Ese día jugamos una partida amistosa (como todas las que jugamos después y de las que salí derrotado el 99% de las veces) e hicimos unas tablas que luego se repitieron inexplicablemente en el torneo.

El talante de Erwin me interesó desde el primer momento; su talento me sobrecogió y me impresionó poco después. Su exquisita educación, el dulce y amable tono de su voz, su impoluta imagen de aspecto juvenil que desdibujaban su pelo blanco otoñal y su cuidada barba, y sus corteses maneras, seducían a cualquier alma con un mínimo de sensibilidad. Sin embargo, eso sólo era el aspecto exterior; su mundo interior era infinitamente más rico.

Por ello, en este libro pretendo mostrar al prototipo de hombre polifacético y humanista que tan bien encarnara Leonardo Da Vinci, a un superviviente del Renacimiento que, afortunadamente, ha conseguido sobrevivir al catastrófico siglo XX (probablemente el peor de la Historia) y al desalentador comienzo del XXI.

Hay algunas personas a las que el afán de perfección las hace totalmente insoportables, pero no es ese el caso de Erwin, para quien, por encima de su instinto de superación, está su pasión por la aventura de la vida.

Como un día le dijese el gran maestro internacional cubano y amigo, Juan Borges Matos, los hombres como él no deberían morir jamás para dar permanentemente ejemplo a una sociedad decadente y sin valores, aunque, como le apuntara con su simpática y cariñosa expresividad el propio Borges, “estoy seguro de que vas a llegar a los 120 años”.

Cuando yo le conocí, Erwin tenía 71 años y vivía con una preciosa y simpática keniana de 23 años a la que, por lo demás, adoraban mis hijos.

“La culpa, querido Bruto, no es de nuestra estrella, sino nuestra.”

(William Shakespeare,
en *Julio César*)

I. Su infancia y su juventud (1929-1952).

“Cuando se es joven de verdad,
se es joven para toda la vida.”

(Pablo Ruiz Picasso).

1º. - El niño promesa (1929-1942).

Ante ese devenir que acontece meteórico como un objeto pesado lanzado al vacío desde la cúspide o como una bola de nieve que se agiganta y se torna más y más vertiginosa desde la cima, comenzaré por aquel tiempo más lento de los años de infancia de Erwin Nievergelt. Porque luego todo va siempre demasiado deprisa, intimidados por ese corredor de fondo con un corazón inagotable que, enmascarado en calendarios, a todos va dejando atrás. Y porque negar el camino es negar la vida misma, el proyecto inacabado que siempre se sigue siendo y, en definitiva, las raíces que te trasladan del ayer a las inciertas ramificaciones del hoy o del desconocido mañana.

Así, al final de aquella agitada década de los “locos” años veinte, el 29 de abril de 1929, año aciago por la crisis económica y bursátil que desembocó en la “gran depresión”, nace Erwin Nievergelt en la ciudad suiza de Zurich en el seno de una familia más bien humilde. Erwin era el benjamín de tres hermanos, Walter (1923-2002), Hans (1924-1954) y Erwin.

Dicen que la infancia es fundamental en el desarrollo posterior del individuo (Rainer Maria Rilke advertía que la infancia es la patria del hombre) y desde luego la niñez de Erwin estuvo marcada fundamentalmente por ser un periodo feliz y entrañable, a pesar de la difícil época que le tocó vivir.

En efecto, los rigores de la crisis internacional no fueron ajenos a Suiza ni a la familia Nievergelt, circunstancia que en nada afectaba a aquel niño alegre y de sonrisa fácil. A consecuencia de dicha crisis, en 1930 su padre, Walter Nievergelt, pierde su trabajo y la familia tiene que vivir del modesto alquiler de una casa con seis apartamentos propiedad de su madre, Marie. Marie (1890-1964) era hija única y había heredado esa propiedad de sus padres, propietarios de una tienda de leche que les permitió vivir cómodamente y a los que Erwin no llegó a conocer.

El padre de Erwin, Walter Nievergelt, nació en 1892 (murió en 1978 a los 86 años de edad) en el seno de una familia humilde de Sellenbüren (anejo de *Stallikon*). Era el menor de cuatro hermanos y su padre – abuelo de Erwin – trabajaba como campesino en una casa de campo que poseía en *Sellenbüren* hasta que, cansado de los rigores de esa vida, vendió esa propiedad y compró una casa con diez apartamentos en Zurich, empleándose como obrero en una fábrica de cojines. El padre de Walter Nievergelt era un hombre muy ahorrativo (Erwin lo recuerda casi como a un avaro) y gracias a ello pudo adquirir esa propiedad en Zurich y sacar adelante a sus cuatro hijos. Así pues, Walter Nievergelt no era un hombre adinerado. Aprendió el oficio de carpintero y trabajó durante algún tiempo en el bosque hasta que, más tarde, se dedicó a montar parqué. Era un hombre apasionado y honesto al que nunca terminó de entender del todo su esposa.

En la montaña de *Uetliberg*, justo al lado de Zurich, Walter poseía una parte de bosque en un claro del cual, para llenar aquel tiempo de desempleo forzoso, construyó una casa desde la que había una vista espectacular del valle que había detrás de la montaña del que procedían todos sus antepasados. Con frecuencia, Erwin acompañaba a su padre a *Uetliberg*, donde le ayudaba en los trabajos forestales y donde terminaría encontrando un segundo hogar.

Por otra parte, en aquel duro periodo de entreguerras y más tarde en la posguerra, las cosas no eran fáciles para nadie y la cultura había quedado relegada a un segundo plano, ya que las prioridades eran de orden mucho más básico.



Erwin a los 10 años, en noviembre de 1939.



Los padres de Erwin, Marie y Walter Nievergelt.

Sin embargo, a la edad de siete años Erwin comienza la educación primaria. Fue un niño absolutamente normal, caracterizado, eso sí, por ser el alumno más aventajado de su clase, tanto en primaria como en secundaria.

La situación laboral de desempleo del cabeza de familia de los Nievergelt se prolonga hasta 1939, año en el que comienza la Segunda Guerra Mundial y en el que Suiza se mantuvo neutral (lo que también le permitió un importante despegue económico), aunque no fueron pocos los temores a una intervención alemana. Sin embargo, aquella neutralidad no era del todo evidente y aquel estado prebélico conminaba a los hombres a hacer un largo servicio militar. Fue así como Walter Nievergelt inició el servicio militar desde que comenzó la Segunda Guerra Mundial en 1939 hasta que terminó en 1945, lo que obligaba a la familia Nievergelt a vivir del alquiler de la casa de Zurich y del modesto sueldo que cobraba Walter como militar. En el ejército Walter se integró en el coro, donde tocaba la trompeta. Eso animó al joven Erwin con ese instrumento que, en una de las muchas ocasiones que visitó a su padre, allá por el año 1941, tuvo el privilegio de marchar con los músicos militares tocando la trompeta junto a su padre. Aunque Erwin ya tocaba en el coro de jóvenes de la ciudad de Zurich, estaba naciendo el músico.

En cualquier caso, en aquella Suiza neutral en la que Erwin vivió su niñez y que se oponía en su mayor parte a los alemanes, se vivieron momentos de verdadera incertidumbre, toda vez que la amenaza de ocupación por el ejército nazi estuvo siempre latente.

Tras la conquista de Francia por las tropas alemanas y la cooperación de Italia con Alemania, Suiza se vio rodeada por potencias extranjeras influenciadas por la ideología nazi. Esto dificultó el abastecimiento de alimentos y de materias primas, convirtiéndose Suiza en un régimen autárquico para preservar su privilegiada condición de país neutral. Fue entonces cuando el gobierno solicitó al profesor Wahlen que elaborara un modelo de abastecimiento de la población que fue llevado a la práctica con éxito. La idea principal consistió en aumentar drásticamente la superficie de cultivo, utilizando para ello, incluso, zonas verdes urbanas.

En esos años los americanos también tuvieron problemas con el abastecimiento de sus tropas en los diferentes escenarios de la guerra. Fue así como el ilustre profesor estadounidense, George B. Dantzig, desarrolló el método de la optimización lineal para abordar este problema. Muchos años

después, un colaborador de Erwin en la *Fides*, Dietmar Onigkeit, realizaría un trabajo similar para los años de posguerra por encargo del Ministerio de Economía suizo.

Sin embargo, durante ese periodo de tiempo en el que una gran parte de Europa estaba ahogándose en un baño de sangre, los suizos –como los españoles (aunque éstos acababan de salir de una guerra fratricida)– tuvieron la fortuna de no sufrir en su suelo la brutalidad de la guerra.

Por entonces Erwin tenía diez años y, a pesar de las dificultades familiares y de la compleja situación política, vivía con las mismas inquietudes y deseos que cualquier niño de esa edad.

Algo antes, a los nueve años Erwin recibió uno de los regalos que más entusiasmo le produjo y sobre el que comenzaría a demostrar su tenacidad, su amor por el deporte y su capacidad de lucha. En efecto, sobre aquella bicicleta que le regalara su abuela recorrería aquel Zurich tranquilo y sin tráfico que se asomaba a la guerra como testigo privilegiado. Más tarde, con once años, esa bicicleta fue su única compañera en aquella primera gran travesía que hiciera de Zurich a Ginebra (281 kilómetros). Durante esos nueve días sufrió un accidente que le obligó a gastar el poco dinero que tenía en reparar su bicicleta, lo que incluso le llevó a dormir en un establo que le ofrecieron amablemente unos campesinos de aquella cortés sociedad de final de los años treinta. En todo caso, aquella osadía, aquel coraje, aquel sentido de la responsabilidad en el que tanto confiaran sus padres desde siempre y aquella confianza en sí mismo habían empezado ya a mostrarle al mundo sus garras.

Durante aquellos terribles años de la Segunda Gran Guerra que asolaron Europa y que pusieron de manifiesto que, en plena vejez del modernismo, cerca ya de su agonía, el hombre no había salido de su atávica minoría de edad, Erwin recorrería con su bicicleta aquella Suiza neutral, de Norte a Sur y de Este a Oeste.

También a los once años comienza a practicar lo que sería su verdadera pasión el resto de su vida: la música. Fue con una trompeta como Erwin se inició en esta disciplina, tocando en el coro de la ciudad de Zurich, siguiendo así con la tradición iniciada por su padre y continuada por su tío y por su hermano Hans, desafortunadamente malogrado a la edad de treinta años por una fatal diabetes que se había iniciado justamente en 1941. El hermano

mayor de Erwin, Walter, era un joven de muchísima habilidad que no había querido estudiar y que por aquel entonces ya se estaba iniciado en el que fuese su oficio de instalador y electricista (moriría el 3 de noviembre de 2002). Tampoco Hans, que también empezaba a sobrepasar la adolescencia, hizo estudios universitarios, tal vez por aquella desagradable y maléfica enfermedad que le conminó a trabajar en una librería hasta que murió en 1954. Solamente el menor de los Nievergelt estaba aún por descubrir y fue ya en esa época cuando aquel niño tímido y sonriente empezó a destapar sus verdaderos talentos, sobresaliendo en el colegio y sobre todo en música.

Así, en 1942, con motivo del concierto anual que organizaba dicho coro, interpreta por primera vez con su trompeta (acompañado solamente por un pianista) ante un numeroso auditorio, haciendo sonar la pieza “*Singvögelchen aus dem Thüringer Wald*”.

También a los trece años Erwin se había iniciado en otra de sus grandes vocaciones: el ajedrez. Era el año 1942 cuando un amigo le enseñó casualmente el juego de las 64 casillas, sin sospechar que estaba alumbrando al que sería uno de los mejores jugadores suizos de ajedrez de la segunda mitad del siglo XX y un extraordinario jugador de la Europa de posguerra.

En 1943, al año de haberse iniciado en el ajedrez, juega los campeonatos de *Sankt Gallen* en la categoría de iniciación (clase B) y pierde casi todas las partidas. Pero a aquel niño de 14 años lo vio jugar Hans Schürmann, maestro de ajedrez suizo con el que iniciaría entonces una serie de partidas por correspondencia. De aquellas partidas Erwin se ilustraría y extraería importantes enseñanzas, ya que en cada jugada Schürmann (que se convirtió así en su profesor de ajedrez) comentaba generosamente al joven Nievergelt su plan, así como los errores que cometía en sus respuestas.

En 1942, Erwin había iniciado sus estudios de educación secundaria en el *Schulhaus Lavater* de Zurich-Enge, donde tendrá como profesor de matemáticas a Hans Künzi, quien jugará un papel destacado en su vida años más tarde.

Pero además de Künzi, en aquella época Erwin tuvo otros buenos profesores. De todos ellos recuerda con especial cariño fundamentalmente a uno de humanidades, Hoffman, y a otro de ciencias, Fumasoli. Aquellos profesores pugnan con entusiasmo por orientar a aquel niño brillante hacia

sus respectivas disciplinas. Así, mientras uno de ellos instó a Erwin a estudiar lenguas extranjeras en la Universidad, el segundo aseguraba que su talento era más apto para las matemáticas. A decir verdad, ninguno de esos intuitivos profesores se equivocó entonces.

En 1944, un año antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, podría decirse que Erwin intensifica su gran despegue. Es entonces cuando inicia sus estudios de bachillerato en la rama de ciencias en el prestigioso *Oberrealschule* del Cantón de Zurich. Se trataba de un centro de enseñanza de elite en aquella época, donde coincidían los mejores estudiantes de disciplinas científicas de Zurich (salvo Erwin, que estudia matemáticas, la mayor parte de sus compañeros estudia Ingenierías), entre los que sobresale claramente Erwin, que, sin embargo, encuentra resistencia en la biología (según su profesor, no podía distinguir una serpiente de una papelera) y en el inglés, a pesar de destacar claramente en el francés. Por entonces Erwin compagina sus estudios con el piano, al que dedica diariamente entre una y tres horas, y con el ajedrez (que le ocupa bastante menos tiempo que la música), disciplinas que le interesan mucho más que el inglés, lengua que más tarde, sin embargo, tendría que aprender bien por razones profesionales.

También en 1944, a los quince años, Erwin encontró en aquel modesto piano que le compraron sus padres un inseparable amigo que le hizo olvidar y desterrar la trompeta definitivamente.

En aquel piano de cincuenta francos suizos ensayaría los primeros dos años de forma autodidacta hasta hacerse alumno de Theo Lerch, con quien avanzó de manera sorprendente.

Ese mismo año jugó en el torneo principal III de ajedrez en Vevey, a donde se desplaza en bicicleta con una tienda de campaña que colocó en una colina y que veía desde la misma sala de juego. Erwin obtiene un extraordinario resultado sumando 5,5 puntos sobre 7 posibles (solamente perdió una partida y entabló otra, ganando todas las demás), lo que le permitió jugar ya en el torneo principal II en 1945 (Lugano) y en 1946 (Winterthur), campeonato éste que le promocionó al torneo principal I.

Esas disciplinas que consituían la música y el ajedrez, lejos de excluirse ni de enfrentarse, se iban interrelacionando, compenetrando y solapando de una forma tan natural como el beso de dos enamorados que se

funde en un acto único que se transforma en pura magia. No han sido pocos los casos de conocidos jugadores de ajedrez que eran también excepcionales músicos.

Prueba de esa simbiosis entre ajedrez y deporte fueron las numerosas partidas a ciegas ⁽⁷⁾ que jugaba con Robert Fontana, compañero de coro y amigo de Erwin, mientras recorrían las etapas del *tour* que hicieron en 1944 desde Zurich hasta el lago *Constance*. Robert era un año mayor que Erwin y también lo poseía ese espíritu aventurero que le llevó, muchos años más tarde, a vivir en la India, donde fue campeón de ajedrez de Calcuta (se convirtió en un verdadero precursor de los problemas de ajedrez).

En todo caso, a partir de los dieciséis años Erwin consigue ya un importante dominio del piano y del ajedrez, disciplinas ambas en las que fue haciendo notables progresos. No había sido un niño del todo precoz si lo comparamos con prototípicos niños prodigio como Mozart, Capablanca (mientras el primero de ellos hizo su primera gira europea a los seis años y compuso su primera sinfonía a los ocho, el segundo sería campeón nacional de ajedrez de Cuba a los once años) u otros muchos que no han pasado a las salas de las bibliotecas, pero había conseguido un extraordinario nivel en las facetas musical y ajedrecística. Huelga decir por lo demás que tampoco Erwin Nievergelt era Mozart ni Capablanca.

Siempre he creído que la precocidad en cualquier ámbito no tiene garantizado el éxito de quien ostenta tal cualidad, sino que, más bien, esa capacidad o predisposición natural provoca en el adolescente o en el joven unos hábitos de relajación y un exceso de confianza que termina neutralizando, cuando no anulando, ese talento.

Puede también que ello tenga algo que ver con la impaciencia o con el aburrimiento, con la incapacidad de centrar o concentrar la atención durante un tiempo prolongado en una actividad (creo que algo así les sucede a las personas hiperactivas). Ello es fácilmente apreciable en una actividad tan antinatural como estudiar, que requiere un alto grado de concentración exclusiva en el íntimo y desagradecido acto de la adquisición de contenidos o aprendizaje de métodos.

⁽⁷⁾ Esta práctica requiere jugar sin tablero y sin piezas, que están únicamente en el cerebro de cada jugador, lo que exige un grado de abstracción y de concentración que puede ser incluso peligroso para la salud si se hace con mucha asiduidad. Stefan Zweig describió magistralmente esta práctica en su *Novela de ajedrez* (Acantilado, Barcelona, 2001).

Es frecuente y fácil huir de esa incómoda disciplina del estudio desviando la atención hacia las cosas más peregrinas o elementales del entorno, tendencia frente a la cual surgió en otras épocas históricas la conocida y nada saludable corriente pedagógica de que “la letra con sangre entra”.

Por el contrario, no suele suceder lo mismo con otras actividades intelectuales como la música, jugar al ajedrez o escribir, donde el aspecto lúdico, la necesidad de mantener un continuo conocimiento de la situación o la implicación personal que conlleva ser dueño de una posición o de una línea argumental, exigen una actitud necesaria y permanentemente activa que reclama toda nuestra atención. De ahí el valor del ajedrez como instrumento no sólo lúdico, sino también pedagógico a la hora de ejercitar y entrenar la concentración.

En cualquier caso y tras esa digresión, la evolución intelectual de Erwin Nievergelt desde los trece a los dieciséis años fue ciertamente sobresaliente, armónica y complementaria en los ámbitos académico, musical y sobre todo ajedrecístico.

Durante esos años, Erwin Nievergelt fue educado en el protestantismo, culto que potencia la relación directa con Dios y, en consecuencia, da lugar a un predominio del yo (probablemente de ahí viene ese rigor y esa disciplina de los pueblos luteranos o calvinistas, nada propicios a la devoción y festividad de santos y vírgenes a los que tan acostumbrados están los pueblos católicos), aunque no puede decirse que haya sido una persona de convicciones religiosas profundas. Podría decirse que la idea de Dios no le ha perturbado ni incomodado y desde su intelectualismo la ha contemplado con escepticismo, como algo lejano, sin gran beligerancia, pero también sin ninguna devoción (sólo en los últimos años me comentaba que merodeaba esa idea en su cabeza, aunque sin demasiada notoriedad).

Independientemente de unas cualidades naturales y de un talento innato que ha mimado y cuidado siempre con verdadero celo, Erwin Nievergelt es también un ejemplo de ese instinto de superación, de progresión y de capacidad de sacrificio para no rendirse ante las dificultades. De hecho, más allá de cualquier tópico que pretenda acotar y limitar las posibilidades humanas, Erwin empieza a destacar o a dedicarse con intensidad a actividades y disciplinas indicadas culturalmente para gente más joven a una edad avanzada. Pero eso forma parte de la historia del hombre que está aún por llegar.



Erwin en 1946, ensayando en su primer piano.



En 1946 Erwin Nievergelt juega por primera vez en la clase de Maestros de Zurich. En la foto Erwin, con negras, se enfrenta al maestro Lange.

“La estrategia es cosa de reflexión, la táctica es cosa de percepción.”

(Max Euwe)

2º. - La sombra de Max Euwe es alargada.

En efecto, de 1942 a 1945, mientras el futuro del mundo se debatía en un campo de batalla que cubría de sangre y de dolor la práctica totalidad del globo, aquel joven suizo podía compaginar sus estudios con el ajedrez y con la música. De hecho, durante esos años, consigue una progresión excepcional en ambas disciplinas, consolidando sus aprendizajes en los dos años siguientes gracias a su inagotable talento para jugar al ajedrez en el primer caso, lo que le llevaría a integrarse en la clase de Maestros de la ciudad de Zurich en 1946, y a Theo Lerch, uno de los mejores pianistas suizos de la época, que le instruye por entonces en este instrumento. Theo era hermano de su mejor amigo, Víctor, también gran músico de vocación y excepcional violinista, que terminaría introduciéndose en casi todos los ambientes de Erwin, incluido el ajedrez, disciplina en la que lo instruyó su amigo Erwin y en la que llegó a ganar el campeonato nacional por equipos con el club Nimzowitch y a conseguir un 5º puesto en 1965 en la categoría *Meisterturnier* (la que seguía a la de Maestros).

Ese mismo año de 1946 acontece en la vida de Erwin una circunstancia excepcional: el que unos años antes fuese campeón del mundo de ajedrez, el holandés Max Euwe ⁽⁸⁾, va a jugar una simultánea en Zurich en la que, naturalmente, participa el joven Nievergelt.

⁽⁸⁾ Max Euwe nació en 1901 en Amsterdam y logró el título de campeón de su país en 1921, ganándolo después en doce ocasiones más. En 1935, Alekhine le ofrece la oportunidad de convertirse en el retador al campeón del mundo y, para sorpresa general, Euwe lo derrota. Pero Euwe destaca además porque, además de ser un pedagogo y autor de libros de ajedrez de gran éxito, ejercía su profesión de matemático incluso en sus mejores momentos deportivos. Tras unas calificaciones en la licenciatura excepcionales, Euwe imparte clases en un instituto y años más tarde, tras ir disminuyendo su actividad ajedrecística, enseña informática en una Universidad holandesa. Max Euwe fue también dirigente de la Federación Internacional de Ajedrez (1970-1978), tal vez el mejor momento que haya tenido la FIDE.

Para los profanos en esta disciplina, hay que señalar que la simultánea consiste en que un jugador experimentado se enfrenta contra un número indeterminado de jugadores, que se colocan con las piezas negras en el otro extremo de la mesa y que replican al adversario cuando éste llega a su mesa, momento en el que el jugador que ofrece la simultánea y que juega con las blancas (lo que le permite hacer la primera jugada) hace nuevamente su jugada. Aunque pueda parecer algo complicado, las simultáneas tienen su propia mecánica y suele llegar a resultar ciertamente cómodo para jugadores experimentados, conocedores de las más complejas y variadísimas posiciones, ganar la práctica totalidad de las partidas. Si eso es así para muchos jugadores experimentados, qué podríamos decir de lo que una simultánea podía representar en aquella época para Max Euwe, que en 1935 había destronado al mítico Alekhine. Erwin juega con negras la defensa Alekhine, jugador al que, como hemos dicho, Euwe arrebatara el título mundial y frente al que lo perdiera en 1937 ⁽⁹⁾. Aquel jovenzuelo de 17 años terminó imponiéndose al gran Euwe en una magnífica partida que se publicó en todos los periódicos locales.

Una vez más, aquel joven hacía un alarde impresionante de osadía y de provocación como manifestaciones absolutas de inteligencia. ¿Qué pensaría un hombre con el nivel y orgullo intelectual de Max Euwe que en 1937, en un gesto de extrema deportividad, aceptó un match de revancha con Alekhine en el que arriesgaría y perdería un título de campeón del mundo que había conquistado dos años antes frente a ese mismo jugador, de aquel insolente muchacho que se atrevía a jugarle la defensa que había inventado el mayor y más genial de sus adversarios? En todo caso, pude perfectamente percibir como Erwin minimizaba aquella victoria por tratarse de una simultánea cuando me comentaba esta partida. En un ser tan eminentemente competitivo y tan seguro de sí mismo como lo era Erwin, una victoria de esa naturaleza era relativa, aunque se tratase ante todo un campeón del mundo.

El niño promesa parecía convertirse en una auténtica realidad. Erwin Nievergelt tenía diecisiete años recién cumplidos y ya estaba poniendo de manifiesto de manera prometedora, aunque evidente, sus más brillantes capacidades.

⁽⁹⁾ Alekhine fue un jugador extraordinario que destronó al mítico Capablanca en Buenos Aires en 1927 y que luego revalidó su título en 1929 y en 1934 frente a Bogoljubov. En 1935 lo perdió en Holanda frente a Euwe para luego recuperarlo allí mismo y frente al mismo jugador dos años más tarde. Del encuentro de 1935 se dice que Alekhine bebía demasiado y que eso mermaba sus capacidades, pero la realidad es que cuando Euwe consiguió el título era el mejor jugador.

A raíz de aquella partida, Erwin forjaría una buena amistad con Max Euwe, a pesar de la diferencia de edad. Así, un año más tarde de aquella simultánea, en 1947 Erwin viaja a la casa de Euwe en Holanda.

Era la primera vez que el joven Erwin salía durante tanto tiempo fuera de Suiza. Tenía 18 años y como cualquier estudiante tuvo que hacer filigranas con sus escasos ahorros y servirse de la picaresca para poder llegar hasta Holanda. En una Europa semidestruida por la guerra, el franco suizo gozaba de una apreciación importante con respecto al resto de monedas, así que, en vez de comprar un billete directo desde Zurich a Amsterdam, que resultaba carísimo, fue pagando los billetes en el tren en la moneda propia de los países que atravesaba. Además de resultarle mucho más barato el viaje gracias a esa picardía adolescente, se encontró con la grata sorpresa de que por territorio belga no pasó el revisor, lo que le supuso ahorrarse ese tramo del viaje. El tren se convertiría desde entonces en su medio de transporte preferido, aunque jamás podía sospechar aquel joven que muchos años después él mismo se convertiría en un ejecutivo de la compañía de ferrocarriles suiza y en uno de sus grandes defensores en toda Europa.



Max Euwe



Busto de Max Euwe en el Max Euweplein de Amsterdam, donde se encuentra el centro que recuerda la memoria del insigne ex campeón del mundo.

Pero lleguemos a la casa de Max Euwe. Cuando Erwin llega al domicilio de Euwe en Amsterdam constata que aquél se había ido de vacaciones a su casa de campo de Bilthoven. Erwin se desplaza hasta allí y, tras golpear tímidamente en la puerta, aparece tras ella otra imagen imborrable en aquella época: Caroline Euwe, la segunda hija de Max Euwe. Tras preguntar titubeante y prácticamente en estado catatónico por el Dr. Euwe, de aquel bello rostro sale una dulce y melodiosa voz de sirena que, con aquel “papá, te buscan”, derritió el sistema nervioso del joven Nievergelt, que en muchos años no pudo recuperarse de aquel amor que le asaltó. Cuando Max Euwe se acerca a la puerta, Erwin lo saluda amablemente y le pregunta si se acuerda de él, a lo que el célebre Doctor Euwe responde negativamente. Entonces Erwin le recuerda la partida que jugaron un año atrás en Zurich y Euwe, ciertamente sorprendido, repara enseguida con un “¡Ah!, ¿es usted?”.

Max Euwe no era solamente entonces uno de los mejores jugadores de ajedrez del mundo ⁽¹⁰⁾, sino que era un intelectual de primer orden y un gran matemático. Pero además era un ser entrañable y encantador. Y aquel hombre apuesto, gentil y hospitalario no iba a permitir que aquel simpático jovencuelo que lo había derrotado en Zurich hacía un año se quedase en la puerta. Fue así como, tras hacerle pasar y tener un cambio de impresiones, Euwe invitó a Erwin a pasar las vacaciones con él.

Durante cinco entrañables semanas, Erwin se convirtió en la lapa de Euwe, acompañándolo noche y día en sus paseos en bicicleta (en uno de los cuales Euwe se rompería un brazo), con el coche o en sus múltiples ocupaciones, entre las que recuerda la participación de Euwe en un programa de radio que servía de antesala a un gran torneo internacional que se estaba preparando. En aquella emisora, Erwin pudo constatar el respeto y admiración que se sentía por Euwe en Holanda, además de sentirse eufórico y feliz por ser su acompañante.

En una ocasión en la que Erwin acompañaba a Euwe en tren para asistir a un torneo de ajedrez, mientras intercambiaban impresiones sobre cuestiones de índole científica, constataron que un pasajero iba mirando una partida sobre un viejo tablero, lo que no pudo evitar que Euwe hiciese algunos comentarios a Erwin sobre la posición. Era un señor mayor, de ojos pequeños y de mirada

⁽¹⁰⁾ En 1946, tras la muerte de Alekhine, muchos esperaban incluso que se le otorgara el título a Euwe por ser el único ex campeón vivo en ese momento, aunque fue Botvinnik quien, en 1948, en el primer torneo de la posguerra, se posicionó en primer lugar por delante de Euwe.

incisiva, algo desaliñado y con una barba descuidada desde hacía ya algunos días. La curiosidad de aquellos dos compañeros de viaje pareció molestar a aquel hombre, que, de inmediato, invitó a jugar una partida al propio Euwe con la ansia del que espera demostrarle al contrario su nivel y el atrevimiento de haber metido las narices en el tablero, sin saber que estaba retando a todo un campeón del mundo. Éste aceptó de inmediato y tras derrotar a su rival aquél le respondió con solemnidad algo como lo siguiente: “es usted un jugador extraordinario; debe de saber que en mi pueblo me llaman el pequeño Euwe”. Erwin no pudo contener la risa por aquella simpática situación, convencido de que seguramente aquel hombre nunca supo que se había enfrentado a su auténtico ídolo.

Al año siguiente, en 1948, Erwin visita de nuevo a Euwe durante un par de semanas en su apartamento de Amsterdam y en 1949 Euwe, acompañado por su hija Caroline, le devuelve la visita a Zurich pasando dos días en la casa de sus padres.

Hasta 1952 Erwin no volverá a ver Max Euwe, probablemente una de las personas que más le influyó en aquella etapa de su vida.

Entretanto, el joven Nievergelt seguía cultivando sus vocaciones, de la que el ajedrez era, sin duda, la que más éxitos le daba. En 1947, junto con su compañero de coro de la infancia y amigo, Alfred Baumann, había fundado el club Nimzowitch (*Schachklub Nimzowitsch Zürich*), caracterizado por ese espíritu de lucha propio de este mítico jugador danés y con el que obtendría sensacionales resultados en el campeonato nacional por equipos.

Sin embargo, aquel joven maestro de ajedrez de Zurich seguía teniendo en la música su verdadero, y único por aquellos entonces, amor.

De hecho, desde que se iniciara con la trompeta tocando en el coro de la ciudad de Zurich, Erwin nunca abandonaría la música. Como dijimos, Erwin cambia de instrumento en 1944 gracias a aquel piano que le regalaron sus padres y que le forjó en la que ha sido, sin lugar a dudas, la mayor de sus pasiones.

Erwin se sintió desde el principio profundamente conmovido y atraído por la fuerza y por la naturaleza insaciable del piano. Sin embargo, su talento descomunal para jugar al ajedrez no era tan evidente para tocar al piano.

No obstante, con sólo tres años de experiencia como aspirante a pianista, en 1947 participa en un concurso interpretando el “*scherzo N° 3 en b menor*” de Chopin y queda clasificado en tercera posición.

Su amor por la música, y particularmente por el piano, devenía cada vez más intenso y fue así como Erwin se convirtió en un verdadero melómano, lo que le llevó a adquirir una importante colección de música clásica que conseguía identificar a los cinco segundos de hacerla sonar sobre su viejo gramófono.

Tampoco fueron escasos los conciertos de piano a los que Erwin asistió desde entonces.

En honor a aquel amor por la música y haciendo gala de su espíritu aventurero, en 1951 Erwin se desplaza en motocicleta hasta Bayreuth (cerca de Nuremberg) con su amigo Armin Ruf, donde se celebraba el festival anual de R. Wagner. Los jóvenes Ruf y Nievergelt disfrutarían allí de las óperas de Wagner y también de la excepcional cerveza alemana, pero, sobre todo, habían consolidado una muy buena amistad.

Erwin conoció a Armin Ruf (al igual que Erwin, había sido campeón de ajedrez de Zurich) hacia 1943, cuando, realizando éste el servicio militar, escribió al Presidente del club de ajedrez, “Asociación Comercial”, para que le proporcionara un contrincante para jugar partidas por correspondencia. El principiante Erwin Nievergelt era socio de ese club y se brindó de inmediato a ser ese jugador. Y, así, lo que se inició como una lucha ajedrecística terminaría convirtiéndose en una buena amistad, dado que, Armin Ruf, además de sentir pasión por el ajedrez y por la cocina, era también un amante de la música clásica.

Y fue también a raíz de aquella relación como años más tarde Armin Ruf y su esposa Hedy introdujeron a Erwin en el mundo de la escuela culinaria. Erwin, que siempre había sido un amante de la buena mesa, terminó convirtiéndose en un verdadero experto en quesos.

Pero aquel talentoso joven no podía ni quería vivir del ajedrez ni de la música y le había llegado la hora de afrontar una nueva realidad y abrirse un camino profesional. Por ello, su actividad académica tampoco podía permanecer inactiva. Así, en 1948 el joven Nievergelt aprueba la *maturité*

(prueba de acceso a la Universidad) sin demasiada brillantez y decide estudiar matemáticas.

Es entonces cuando Erwin inicia sus estudios de matemáticas en la Escuela Politécnica Federal de Zurich (*ETH*), dependiente del propio Estado y donde allá por 1896 empezara sus estudios universitarios un muchacho llamado Albert Einstein, que, más tarde (en 1912), fue profesor de esta misma Universidad. Sin duda, la *ETH* era la Universidad más celebre de Suiza en disciplinas técnicas y científicas y una de las más importantes del mundo como recuerda Michel Crozier. Tal vez por ello, el propio Max Euwe, también excepcional matemático como ya se ha dicho, pronosticó a Erwin, sin duda alguna para incentivarlo, que con sus múltiples actividades no llegaría jamás a ser matemático.

¡Qué feliz coincidencia! Erwin Nievergelt quería hacerse matemático como el gran maestro holandés Max Euwe. ¿Sería aquella una decisión vocacional o estaría mediatizada por la admiración que en el joven Nievergelt despertaba la poderosa imagen del campeón del mundo de ajedrez? ¿Se trataría de una opción estratégica serenamente reflexionada (parafraseando aquella frase que encabeza este epígrafe y que también hizo célebre a Euwe)? ¿Sería un impulso emulador o sencillamente una intuición? ¿Qué le depararía el futuro a aquel brillante y polifacético muchacho? ¿Sería Erwin Nievergelt un brillante ajedrecista que seguiría la estela de su ídolo y mentor? ¿Desembocaría su vida definitivamente en la música o verdaderamente se haría matemático? Estaba en la primavera de su vida y cualquier cosa de esas era posible, incluso ninguna de ellas.

El futuro de Erwin Nievergelt era toda una incógnita, fundamentalmente porque, como el propio Euwe le reprochase, no había renunciado a ninguna de sus vocaciones ni había optado definitiva y claramente por alguna de ellas.

De hecho, Erwin inicia sus estudios en la universidad con una actitud minimalista, es decir, aplicaba la ley del mínimo esfuerzo para aprobar.

A ello contribuía el estilo de los profesores de la Escuela Politécnica (*ETH*) porque, si bien durante el Bachillerato Erwin tuvo profesores con buenas dotes pedagógicas, esta Universidad se caracterizaba por tener la pléyade de científicos más importante de Suiza, pero ello no comportaba en modo alguno que fuesen buenos enseñantes. Muy al contrario algunos de aquellos ilustres y

sabios científicos que destacaban en sus disciplinas no tenían las más mínimas dotes como enseñantes para transmitir a los alumnos sus conocimientos. Ya lo dijo Weber ⁽¹¹⁾: “Una persona puede ser un sabio excepcional y al mismo tiempo un profesor desastroso”. Era el caso, entre otros, de M. Plancherd (coronel del ejército durante la Segunda Guerra Mundial y censor de prensa) o del que fue su profesor de física teórica, Wolfgang Pauli ⁽¹²⁾, Premio Nobel de Física en 1945.

Los estudios superiores en la *ETH* eran además extraordinariamente complejos y no era fácil terminar la licenciatura de matemáticas en los cuatro cursos académicos que tenía programados. Sin embargo, a pesar aquella actitud minimalista, en 1952 Erwin Nievergelt consiguió su licenciatura en los cuatro cursos académicos reglados, aunque bien es cierto que con una nota mediocre y con el apoyo incondicional de sus amigos Christoph Wehrli y Erich Jucker.



Erwin en 1947 tocando su segundo piano.

⁽¹¹⁾ Weber, M, *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 1987, p.188.

⁽¹²⁾ Wolfgang Pauli fue un físico suizo de origen austríaco, que obtuvo el premio Nobel de física en 1945 por sus trabajos sobre los electrones de los átomos. En 1931 emitió la teoría de la hipótesis de la existencia del neutrino.